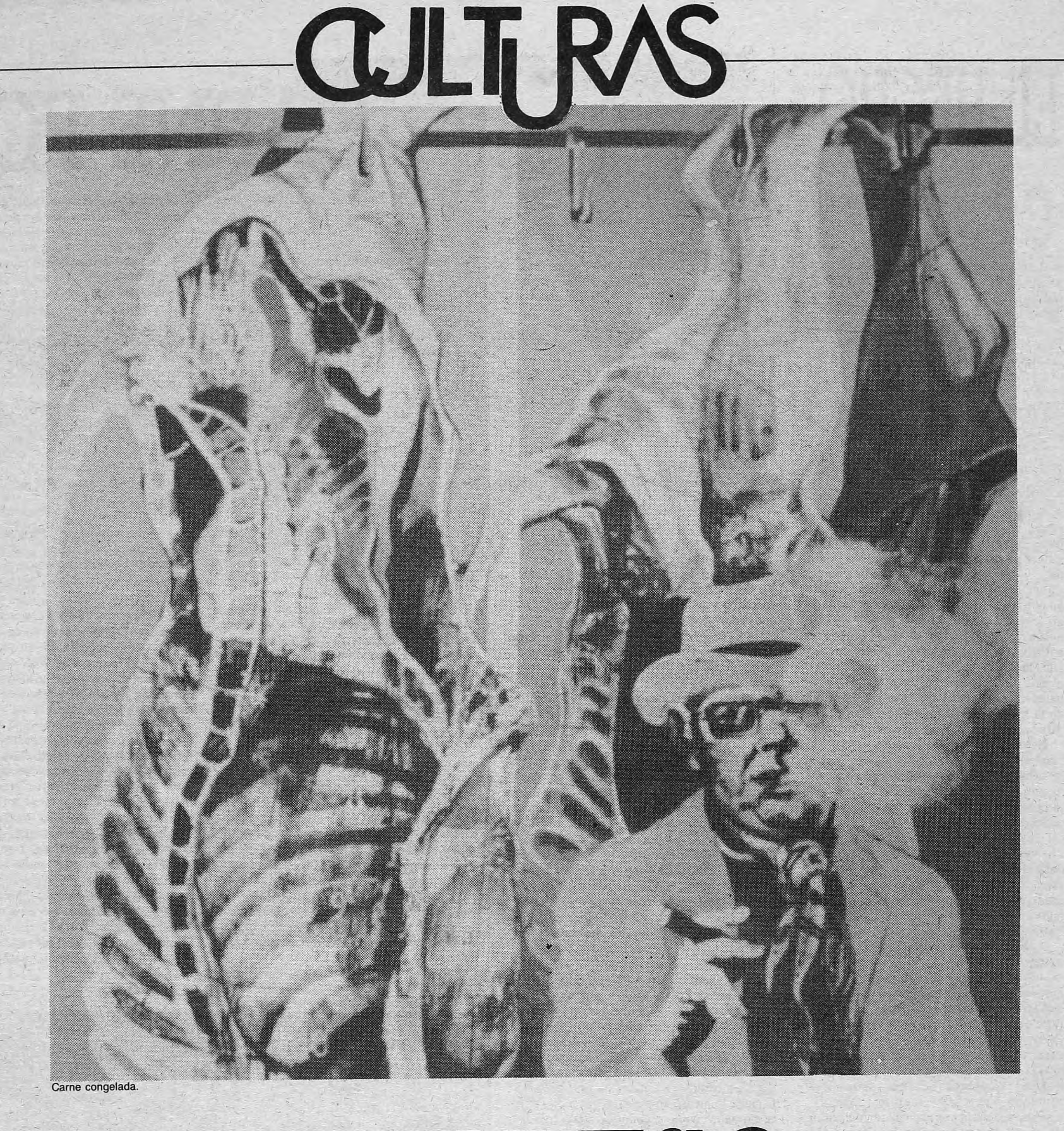


Carne congelada.

Y EN ESO MATO AL PATRON

Un día del verano porteño de 1985 Víctor Zaldívar mató de 14 puñaladas a su patrón, Alberto Latuada, dueño de una cadena de carnicerías. Así terminó Zaldívar un período de 17 años de conchabo y de infinitos tiempos de explotación y humillaciones para él y su familia. Nacido en Sol de Julio, Santiago del Estero, donde fue hachero de obraje, Zaldívar llegó joven a Buenos Aires, casó con chaqueña, crió hijos y terminó a las órdenes de un Latuada que lo obligó a trabajar 18 horas por día todos los días, sin vacaciones ni domingos, a separarse de su familia, a vender carne podrida, siempre bajo amenaza de despido. Borges sospecharía que Latuada —que viajaba armado en Falcon verde y tenía buenas conexiones con la dictadura militar— procuró su propio asesinato. En su libro *El Patrón. Radiografía de un crimen*, que aparecerá próximamente (Emecé Editores), el notorio penalista Elías Neuman, defensor de Zaldívar, articula el testimonio oral del matador. La obra, de la que se adelantan aquí algunos fragmentos, es una historia de vida, la radiografía de un crimen y, por qué no, también la de un país. Las ilustraciones de este suplemento reproducen acrílicos de Carlos Alonso, de la serie "Lo ganado y lo perdido" (1972).

Suplemento de **Página/12**

EL HECHO

Cómo ocurrió concretamente el hecho?

—Bueno, yo le voy a contar exactamente cómo pasó. Ese día el patrón me había mandado tres medias reses de ciento setenta kilos. Así me dicen los muchachos que bajaron la carne: "Mirá, ahora te mandamos tres medias grandes y podridas. Cuando no haya gente en la carnicería las vamos a bajar y vos las metés rápido, directamente en la heladera". Así fue. Cuando se fue la gente descargamos y las pusimos adentro; tenían un olor insoportable. Pero bueno, las ponemos adentro de la heladera y ellos me dicen: "Descuartizalas esta noche, porque si la dejás para mañana esto va estar repodrido. ¡Ya están repodridas!". Bueno, así fue. Al otro día yo me levanto a las cuatro de la mañana... Yo era rápido para descuartizar, preparé los tachos con bastante lavandina y después iba largando a los tachos toda esa carne verde, verde, verde. ¡Pero no se podía del olor y eso que lo hice rápido! Hice también quince paquetes, todos de carne bien podrida, con las bolsas de nylon y los iba poniendo adentro. Los ataba bien, para que cuando yo abriera la heladera delante de los clientes no se sienta el olor. Porque a veces abría la heladera con los trozos de carne afuera del nylon y la gente se me iba por el olor que largaba la heladera. Entonces até dentro más o menos quince paquetes, bien atados, en la heladera, en el piso. Como a las once y media de la mañana viene una señora, me tira la carne al mostrador y me dice, muy enojada: "¡Esto está podrido, ni los perros lo comen!". Bueno, entonces yo agarré y le di un pedazo de peceto que estaba más o menos bueno; le di la carne y se fue... Pero estaba tan enojada la señora que me quedé muy remordido. Pero antes... ¡ah, faltaba una cosa! Cuando yo abrí la carnicería ese día había un señor en la puerta; había sido que lo mandaba el patrón para que ayude en la caja. Me dice: "Mirá, Víctor, me mandó don Latuada para que te ayude. Voy a estar solamente ocho días y después me voy, vas a quedar solo otra vez".

—¿Pero no me dijo que la caja la manejaba sólo usted?

—Por eso mismo me malicié que era como desconfianza del patrón. ¡Si yo nunca le toqué un peso! ¡Ni lo haría! (...) A eso de las doce o doce y media llegó el patrón. Tenía un coche Ford Falcon color verde. Se baja, entra. El nunca me saludó a mí, nunca, y lo saluda al Riera, al amigo de él que me mandó a vigilar. Va y abre la heladera y mira el piso y, aunque él ya lo sabía, me dice: "¡Víctor!" Cuando me decía con esa voz, como gritando, yo ya sabía que era para insultarme. Por eso yo nunca quería que me nombre por mi nombre. Yo estaba deshecho por dentro, no hallaba qué hacer, porque él me había dicho en esos días que si yo no vendía la carne me iba a echar de la carnicería y le iba a hacer cualquier cosa a mi familia. Entonces yo, por eso, aguantaba todo. ¡Todo! Yo nunca pensé en pegarle, mire cómo son las cosas: si yo hubiera pensado algo... Pero no, nada, completamente nada.

—¿Nunca sintió ganas de vengarse o de agredirlo?

—¡Al patrón! ¡Nunca, jamás, jamás! Eso es lo que digo yo... ¡cómo puede decidir uno una cosa así en quince segundos! Entonces él va a la heladera, y yo me sentía muy nervioso, pero muy nervioso, ¡y no quería que me nombre! Porque cuando me nombraba, ¡yo ya sabía! Era para putearme, y yo sentía vergüenza. A veces había gente, había clientela, muchas veces me salvó la clientela: una vez había gente y se la agarraron con él, le dice una señora: "¿Por qué le hace a este hombre así?". Entonces el patrón dijo que era porque encontraba un pedazo de carne podrida. Pero, ¡si él la mandaba, él! Entonces, ese día, como le digo, miró adentro de la heladera y me dice "¡Víctor!, ¿y esta carne?" Le digo: "Es la carne que usted me mandó y yo ya corté", y fue allí que cierra fuerte la heladera y se viene al lado de la caja. La caja estaba, por ejemplo, así. Y él se pone ahí, muy cerca de los cuchillos del trabajo, que eran todos muy afilados y muy buenos, y ahí me dice de vuelta: "¡Víctor!". Y ahí nomás le empecé a dar. Se ve que agarré el cuchillo... ¡Y le di! ¡Le di, le di, le di, le di! El caminó como pudo para afuera, y tropezó y cayó boca arriba, y me le fui encima y le di las dos definitivas, acá y ahí. Y quedó ahí, nomás.

—Es decir que Latuada, ya herido, intentó salir del negocio...

—Salió del negocio. No sé si... Porque siempre andaba con armas, con un revólver. Yo creo que él, al sentirse herido, iba a buscarlo, fue hacia el coche a traer el revólver. Eso no lo sé yo, no lo sé, pero eso creo yo. Ahora, al cuchillo yo después lo vi en el mostrador. Y hasta ahora no sé, no sé si me lo agarró la policía, el policía que apareció allí o fui yo mismo que lo volví al mostrador. ¡Eso no lo sé! Me acuerdo bien que el policía me hizo poner contra la pared hasta que llegaron los patrulleros... Eso me acuerdo. Pero no recuerdo dos cosas, sólo dos cosas: cuándo fue que agarré el cuchillo y cuándo lo dejé después en el mostrador. Hasta el día de hoy, aunque hago y hago memoria, no sé.

—¿Cuántas puñaladas le dio?

—Bueno, según dicen, que estaba en el diario... yo no me acuerdo. Catorce, dicen que catorce. Afuera, en la vereda, fueron dos... y ahí terminó. Entonces el policía me dijo: "Vení, Víctor", me puso contra la pared con las esposas hasta que vino el patrullero y después me llevaron a la comisaría.

—Cuando se vio preso, ¿se puso a pensar en lo ocurrido?

—A pensar, sí. Pensé. Pensé mucho... yo siempre pienso mucho. Yo pensaba en los chicos y en mi mujer. Sí que pensaba mucho en ellos, y me encontraba muy, muy arrepentido. Se imagina, doctor... ¡matar al patrón!

—¿Arrepentido por sus hijos y su mujer?

—¡Por mis chicos y mi señora, sí señor! ¡Qué pensarían ellos cuando lo iban a saber! Yo pensaba que se iban a quedar solos y que yo no iba a salir nunca más del encierro; porque el patrón era muy poderoso, tenía plata, él tenía plata y cuñas y amigos en la Casa Rosada. ¡Yo no tenía nada! Yo me encontraba solo, me decía: "No salgo más, no salgo más". Tan es así que yo quise suicidarme cuando me vi en el calabozo. Hice un intento así: subí a una cama y me largué bien de cabeza, con la cabeza así.*

(...) Mire, yo... yo no tenía salida. Al decirme el patrón que yo tenía que venderle todo, ¡los quinientos kilos...! Aparte, yo ya no podía más, ya sabía que no podía. El me dijo que si yo no le vendía, no me pagaba tampoco, que me iba a echar, y decía: "Te voy a hacer a vos y a tu familia lo que se me dé la gana. Tengo amigos que te van a hacer boleta". ¡Cualquier desgracia nos podía pasar! Pero nunca pensé, le juro... yo nunca pensé... Fue esa cosa cuando me dijo: "¡Víctor!". Por eso. Yo nunca quise que me nombre. Porque todas las veces que me nombraba, en los diecisiete años, ¡todas, todas las veces! , era para putearme. Y así siempre, siempre. Era como un tajo que yo tenía, que se volvía a abrir cuando él me nombraba. ¡Yo no quería que me diga el nombre! Nunca me saludó, nunca quiso conversar tampoco y, si alguna rara vez conversó conmigo, fue para aborrecerme, para mofarse de mí, pero nunca para conversar.

Era mediodía y yo, en ese momento... Cuando lo pienso ahora, creo que me agarró como una... como si yo hubiera estado dormido y hubiese despertado. ¡Así me encontré yo! Tan es así que el cuchillo, ¡yo no sé si el cuchillo me lo agarró el policía o qué! A lo mejor lo puse yo en el mostrador, pero la verdad no me acuerdo. Yo lo vi después en el mostrador, al lado de los otros dos. Lo que me acuerdo, sí, es cuando me dijo que me ponga en la pared, el policía me dijo. Entonces me puse. ¡Ahí me desperté!

No sé cómo pasó. Pero después yo lo quería matar, porque si él..., si yo lo dejaba vivo, seguro que él me iba a matar, a mí y a toda mi familia, a los chicos. ¡Ahí yo quise matarlo! Tan es así que, cuando cayó, yo le di dos más. Yo, yo, como le digo, a él, al patrón, jamás pensé en matarlo, pero él me ha puesto en una tal situación que no podía salir. Yo he pensado mucho, muy mucho... He pensado que era como un destino mío a cumplir. Yo me decía, antes de esto: "Si no le vendo carne no me va a hacer nada. No me pagará y nada más". Pero yo necesitaba vivir, aunque sea algo, unos pesitos, para darle a mi señora por lo menos. ¡Y yo no tenía nada! Quería alquilar para que no anden por ahí rodando los chicos, la mía y los de mi señora, que son como míos, porque nos queremos mucho. Y, bueno, fue así. Cuando él llegó se bajó del coche y entra y saluda al Riera ése... Y a mí nunca me saludó, para resentirme más, sería. ¡Y se va derecho a abrir la heladera! ¡Yo jamás, pero jamás, pensé en tocarlo, en pegarle! ¡Nada, nada de eso! Fue de golpe, cuando me dijo: "¡Víctor!". Me puse... Yo no quería que me nombre.

** En el expediente figura tal intento y las lesiones sufridas. Estando en el calabozo, incomunicado, Víctor golpeó varias veces su cabeza contra la pared y luego se arrojó desde la parte superior de una cama litera, produciéndose un desmayo y lesiones en la cabeza y en la frente, que luego fueron constatadas por los médicos forenses. (N. del A.)*

CARNE POD

Y dónde compraba su patrón la carne podrida?

—¡Ah! Yo no sé dónde la compraría. Bueno... eso hay en todos lados. Actualmente las carnicerías trabajan así, todas las carnicerías que venden barato hacen ese trabajo. Igual con los pollos. Para los pollos vienen partidas, por ejemplo, de doscientos cajones de pollos, habrá cien buenos y los otros cien podridos. Entonces hacen precio y barren con todo. Yo tenía que lavarlos con lavandina.

En esos tachos con lavandina se los dejaba para el otro día a los pollos podridos. Al otro día yo me tenía que levantar bien temprano, lavarlos con agua y pasarlos después por agua y pimienta y colgarlos de un ala en la heladera, cosa que se escurran bien. ¡Y ni se siente el olor, a pesar de estar bien podridos! Ese trabajo es así...

—¿Y con la carne?

—Con la carne es lo mismo, porque se la lava bien con lavandina y se cuelga afuera para que se escurra bien. Después con un trapo se la seca un poco y se la pone en el piso de la heladera, cosa que agarre mucho frío. Y, cuando viene la gente... Ese trabajo se llama "trabajar con la heladera". Quiere decir que, cuando viene la gente, la clientela, yo me voy a la heladera, agarro un pedazo de carne que me piden y lo doy al cliente. Pero en vez de dejar en el mostrador lo que queda, lo vuelvo a poner rápido en la heladera. Si lo dejo en el mostrador, a la media hora ya no se puede aguantar más el olor. No se trabaja con el mostrador, no hay carne allí para ser vista por el cliente; se trabaja con la heladera.

—¿Quién le ordenó a usted hacer ese trabajo?

—Y él, el patrón don Latuada, y yo tenía que hacerlo porque ya tenía mis años y no podía ir a trabajar a otro lado. Al principio no me fui porque el patrón me ofertó una casa, y yo esa casa la seguí buscando siempre. El patrón la había ofertado. El lo dijo: "Yo esa casa te la voy a comprar porque vos te la merecés". Pero después, al final, no pasó nada, la casa no me la dio nunca, pero me la ofertaba siempre.

(...). Yo creo que él prometía para hacerme trabajar más. Pero eso yo lo pensé ahora, después. Siempre me decía: "Ahora a fin de año tenés cien mil pesos", de cuando la plata valía; pero jamás me dio nada... El patrón allá, en Santiago del Estero, nunca engaña y eso el peón lo sabe, por eso no necesita pensar solo y es bien fiel (...)

Yo le creía pero se ve que era para hacerme trabajar, no sé. Tal es así que a veces, muy pocas veces, me dejaba retirar un poco de carne, un kilo o un kilo y medio ¡y yo trabajaba con toda mi familia!

—¿De carne buena?

—Sí, buena, de las medias reses buenas. Mi nena, la que actualmente tiene veintiún años, en ese tiempo tenía ocho años y ella, para ayudarme a cargar, se ponía contra el pechito los bifes congelados y los llevaba; y así se quedó asmática. Y la otra, la que tiene trece, quedó tartamuda.

—¿Tartamuda?

—Sí, tartamuda, sí. Porque el patrón, hecho una furia, como siempre estaba, entraba en la pieza y la nena se asustaba. ¡Le tenían miedo los chicos, pero ella mucho más!

—Y los grandes parece que también.

—Sí, yo también, pero yo no lo quise decir, porque si tengo que decir todo... ¡Es una barbaridad lo que hizo a las nenas! El iba, por ejemplo, a la pieza, se metía de prepo y enseguida me puteaba. Entonces los chicos se disparaban y la chica, la que está asmática... Porque yo no tenía tiempo de hacer, yo era solo, tenía que cortar la carne, atender el mostrador, hacia de cajero, lavaba la carnicería y a veces, para tenerlo contento, la pintaba. Además tenía que lavar la carne... y no hacía tiempo. ¡Eso de lavar la carne era de todos los días, de todos los días, de todos los días por el olor! ¡De mañana, de tarde, de noche hasta cualquier hora! Y no hacía tiempo. Era carne podrida, que si hubiera sido buena era otra cosa. Si yo no hacía ese trabajo o no alcanzaba, cuando el patrón venía se la agarraba conmigo. Yo, de cualquier manera entonces, trataba de hacer todo, siempre, siempre, pero me sentía como verdugueado y usado como al patrón se le daba la gana.

Carne fresca.



RIDA

—*¿Y si los clientes se intoxicaban?*

—Muchos clientes devolvían la carne, pero otros no. Pero al patrón la gente no le importaba nada... No le interesaba la gente. Venían los inspectores cuando le clausuraban y le bajaban la cortina, le ponían los papeles y le clausuraban,y después él agarraba y abría la carnicería; rompía los papeles y listo. Siempre hizo así. Le clausuraban y entonces yo ya sabía: lo llamaba por teléfono a la Casa Rosada.

—*¿A la Casa de Gobierno?*

—Sí, el patrón tenía dos teléfonos en la Rosada. ¿No le digo que entraba y salía y conocía muy muchos militares? Y tenía carácter como de militar.

—*¿Usted tenía en ese entonces plena conciencia de que vendía carne podrida? ¿Qué sentía ante eso?*

—Claro, sí, sí. Yo... yo le decía a mi señora y a los chicos, ¡porque me daba un no sé qué por dentro! Pero, si fuera eso nomás. Yo les decía que si gano más sueldo tiro la carne mala, y pongo de mi bolsillo la plata que vale. Eso decía yo, siempre decía lo mismo. Pero era tanta cantidad, tanta cantidad y yo no ganaba tanto sueldo, yo ganaba muy poco y por eso tenía que vender esa carne mala. ¡Es lo más feo que puede haber! Así, cuando venía una señora y pedía un churrasquito para el nene, yo no sabía qué hacer y me desesperaba. Buscaba de darle de algún lado que... Porque alguna vez me pasó que vendía carne picada y vino una señora a decirme que le había agarrado diarrea a toda la familia. Ya sabía yo eso, pero no tenía otro remedio. No había día en que no se quejara alguien: cuatro, cinco personas, siempre. Yo les daba otra carne mejor y, cuando se iban, agarraba ésa que traían de vuelta, la picaba bien y rápido, porque así me mandaba el patrón. Un día, un agente de la comisaría cuarenta, que está en Rodó, cerca de Tellier, me dijo que en otra carnicería del patrón, en la calle Olivera, se vendía también carne podrida. Y me dice el policía: "Si allá también, justamente hoy, fueron a devolver como cinco kilos de carne podrida. Toda verde. Podrida. Pero tu patrón tiene mucha palanca con los milicos", dice, "no lo podemos voltear, nosotros".





Doctor X

UNA MUERTE A PEDIDO

Y *sus hijas ayudaban?*

—Ellas me ayudaban y a veces también mi mujer, para que yo pudiera llegar a hacer todo. Pero las chicas siempre ayudaban porque yo no podía hacer todo. No era tanto el trabajo, lo que era, era la limpieza que había que hacer, lavar toda la carne todos los días, eso era el trabajo que había.

—*¿El señor Latuada tenía a sus chicas como empleadas también?*

—No, es que ellas ayudaban al verme así.

—*Y si él le hubiese pedido, ¿usted habría aceptado que ellas trabajasen allí?*

—Y... eso no sé. Es que en Santiago del Estero, el patrón de uno, el patrón... ¡dirige bien! Me acuerdo, por ejemplo, me acuerdo que viene al rancherío pero respetando y dice, un ejemplo: "Mirá, Sindulfio", o: "Mirá, Timoteo, yo tengo un hijo chico y necesito llevarte una hija que me lo cuide al chico". "Sí, patrón", decimos nosotros, "yo tengo a la María, la Loreta, la Timotea, usted elija, ¿qué edad quiere? ¿De nueve, de diez para que se acostumbre a la casa?" Entonces el peón le da la hija con papeles y todo.

—*¿Y puede entregarle varias hijas, dos, tres?*

—Claro, porque es como si se las entregara..., no sé, ¡al padre! Y así las llevan para servir en Buenos Aires a veces; ¡cómo no va a confiar!

—*Pero puede que no la vean después en años.*

—Y, sí... ¡o nunca más! Pero eso no importa.

—*Y las chicas, ¿qué dicen en esos casos?*

—Las chicas nada, qué van a decir. Ellas buscan la sumisión que ya traen.

—*¿A qué hora se levantaba para trabajar en la carnicería?*

—Yo muchas veces a las tres de la mañana. ¡Y tantas veces no dormí y me amanecía! Cuando mandaban mucha faena me quedaba yo y se quedaba mi señora hasta el otro día, porque muchas veces aparte de mandar carne podrida, mandaban carne de decomiso (...)

Yo siempre me sentía un dolor adentro, ¡un gran dolor, dolor, dolor! Pero yo me decía, como me decía mi señora: "¡Dios tiene que castigarlo! ¡Dios tiene que castigarlo porque él no es ningún Dios!". Yo nunca vi, nunca había tenido un patrón así. A veces yo no tenía ganas de trabajar. Veía a la gente muy buena, alguno que otro muy pobre que venían a comprar un pedacito de carne, un pedacito... Eran todos humanitarios, ¡por qué tenía yo que hacerles eso! Porque el patrón me mandaba. Yo le decía muchas veces esto que le cuento y el patrón me decía: "Vos tenés que venderme todo, si no no te pago. ¡No te pago, entendés!". Y así... Entonces empezaba a insultarme. Y yo no podía decirle nada. Yo trataba por todos los medios de hacer las cosas mejores, pero por dentro estaba deshecho. El había echado a mi señora de su casa, donde ella trabajaba. La echó por su ocurrencia, sin ninguna razón. Ella iba a trabajarle a eso de las ocho, y algunas veces estaba a las seis o siete de la tarde de vuelta en casa. Y ella es bien guapa, como quien dice. Iba a trabajar allí, tenían tres terrazas, y la dejaban encerrada; baldeaba todo, enceraba, limpiaba los vidrios, lavaba, y a la nochecita ya se volvía, y todavía llegaba y me ayudaba con la carne podrida. Todos nosotros ayudábamos.

—*¿Y en un espacio tan reducido como el que tenía usted en la carnicería, podía vivir con toda la familia?*

—Es que el patrón odiaba a mi señora. ¡La echó! Mi señora tenía que andar por ahí porque él después no permitió más que ella esté. La echó varias veces, dijo: "No vaya a ser que esa negra se aparezca por acá". Así le decía, "esa negra". No sé... el patrón la odiaba, pero no sé por qué... Ella le hacía de todo y es analfabeta, pero ella es buenita y muy trabajadora es. El me decía: "Si veo por acá a esa negra que es mujer tuya, la echo a patadas y te voy a echar a vos con toda tu familia". No quería para nada que estuviéramos juntos allí. Los días sábados era un infierno en la casa porque cuando le iba a entregar el promedio de la venta de los días, ¡allí le agarraba! Decía de todo: "¿Por qué no vendiste? ¿Por qué me robaste?". Yo vivía temblando los días sábados, porque el patrón venía muy nervioso, a gritar, a insultar, se la agarraba con todos.

—*Una vez más le pregunto, ¿por qué no se iban?*

—¡Y si no teníamos dónde ir! Aparte, le digo que hacía ya muchos años que estaba con él, y con mi edad y los chicos ¿a dónde íbamos a ir? Todo por eso. ¡No es fácil, no es fácil! Además, esperábamos. Esperábamos, teníamos confianza en Dios, que las cosas mejoren. El patrón seguía siempre prometiendo la casa, que iba a pagar bien, que iba a aumentar, que iba a dar plata. Y cada año me prometía que me iba a dar casa. Y yo no tenía salario, no tenía vacaciones ni aumento ni nada, sólo un sueldo que no alcanzaba ni para comprar... El era muy rabioso; ¿no le digo que siempre me amenazaba? Vivía, al final, amenazándome a cada momento.

Yo, una vez que me puse a tomar mate con mi señora, le decía: "Vos sabés que él casa no me da, que él plata no me da, que me oferta todo y me engaña; ni plata ni vivienda nunca me dio". Entonces fui y lo busqué para que me diera para alquilar, para estar todos juntos, y él me dijo: "Otro día, pasado mañana, que hoy ando mal". Y fui pasado mañana y me dijo que él no había dicho eso, y siempre así. Yo le decía a mi señora: "¿Viste vos las cosas que él me hace, vos sabés que a veces no duermo por todas las cosas que él me hace, como trabajar la carne podrida ésa los pollos podridos?, ¿por qué será?", le digo, "¿será que nosotros tenemos un castigo de Dios?". Y mi señora me decía si yo creo que me va a dar la casa. "Pero", le digo, "cómo no me va a dar la casa esa que me ofertó, si nosotros trabajamos todos: las nenas, el pibe, vos, yo. Y él tendría que tener dos personas más para cumplir con todo el negocio", le digo. Eso se lo ahorrábamos nosotros de sueldo. Yo estaba como comido por dentro y pensaba y pensaba, y le decía a mi señora: "¡Es como si él me estaría preparando para que yo le hiciera algo! ¿O no viste que me tiene acorralado? Cada vez me manda carne más pesada y más podrida, me manda pollo podrido, me obliga a que le rinda el trabajo y que le dé la plata de esa carne verde". Y ella me decía que yo tengo que buscar la forma de salirme porque algo malo iba a pasar al fin. "Yo no puedo salir a esta altura", le decía, "ya tengo sesenta años. En otro lado no me van a tomar, soy ya viejo y soy inapto". Y además, toda la vida, casi toda la vida, había trabajado con él y él me debía mucha plata, sacrificio de mi mujer, de los chicos y de mí. Y, usted lo sabe, a lo último, me hacía dormir en el suelo. Yo le pedía plata para comprar una colcha, que hacía frío, y él me decía que andaba mal. Si le pedía plata para alquilar, me decía que no tenía, que después, y siempre me descontaba para la casa que me iba a regalar y me descontaba también el precio de un kilo de carne. ¡Eso me hizo siempre! Amenazándome, el último tiempo más y más: que si yo le dejaba el trabajo me iba a matar, que si yo le daba problemas me iba a echar. ¡Yo no sabía ya más qué hacer! ¡No sabía más qué hacer! El se creía advertido pero yerró... Por eso, digo yo, a lo último es como si me hubiese acorralado él. Sabía que yo dormía en el suelo y que no tenía nada después de tantos años de trabajar como un buey, que mi señora andaba en la villa y no tenía tampoco nada. Carne podrida, durmiento en el suelo, sin un peso, lleno de granos en las piernas y también en la ingle: ¡se me iba uno y venía otro! Debía caminar para llevarle la plata con frío, calor, lluvia, porque ni un colectivo podía tomar. Bueno, con todo eso estaba yo muy remordido de adentro, con tanto dolor. Ese día, el día que pasó eso, me manda quinientos kilos de carne podrida y me manda un cajero, Riera, porque desconfía de mí o para alcahuetear, porque no sé lo que podría decirle. ¡Y yo por un lado y mi señora por otro lado! ¡Yo me encontraba perdido y muy, muy nervioso, porque temía que me echara, me iba a sacar de ahí y no me iba a pagar! Por eso pienso yo que, lo que pasó, es como si él me hubiese preparado para que yo le haga eso (...)

Por Fernando Frassoni

LA VIDA, DOCTOR, ES UN DESTINO A CUMPLIR

Alejandro Kacero

Penalista y escritor Elías Neuman

La sociedad carcelaria (1968), *La sociedad de la droga* (1979), *El problema sexual en las cárceles* (1982), *Prisión abierta, Una nueva experiencia penológica* (1984) y *Victimología*, son algunos de los títulos de su especialidad que acreditan al doctor Elías Neuman como uno de los abogados criminalistas más importantes de la Argentina. Su actividad universitaria es igualmente rica: profesor de Criminología para alumnos de posgrado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, ex profesor titular de Derecho Penal II, docente en la carrera de Asistente Social, profesor visitante de las universidades de Salamanca y Sorbona, fundador de la cátedra de Derechos Humanos en la Universidad de Tel Aviv. Todas estas actividades —junto a sus casi treinta años de ejercicio de la profesión— no tienen ninguna utilidad, dice Neuman, si no se emplean para entender al hombre "a través de un territorio tan esencial como es el dolor".

Esta necesidad de comprender que "en las causas penales se juzgan seres humanos y no meros expedientes" es la que lo hizo recibir —"una lluviosa mañana de noviembre de 1986"— a Víctor Zaldívar. A casi tres años de ese día, Neuman dice que "ese hombre de aspecto imponente y tímido" le enseñó "en no más de veinte horas de charla y grabación más cosas de las que pude aprender en todos estos años de oficio".

"El libro se hizo solo. Zaldívar vino a mi despacho esa mañana —lo trajo una persona de Tribunales— y una de las primeras cosas que me dijo fue: *'La vida, doctor, es un destino a cumplir'*. De pronto yo me vi escuchando a este hombre, casi absolutamente analfabeto, que decía cosas que yo había leído en Shakespeare o en Juan Moreira".

De tanto escuchar y hacer escuchar las grabaciones, la historia de Zaldívar terminó por imponerse y Neuman escribió *El Patrón. Radiografía de un crimen*, "un texto en el que empleo procedimientos de la novela. Me pasó, incluso, que quise empezar a escribirlo de forma tal que el hecho en sí —las catorce puñaladas finales— no se conociera hasta el final del libro. Después me di cuenta de que era necesario empezar diciendo: *este hombre mató a este hombre*. Y así quedó". *El Patrón* no es el primer desplazamiento de Neuman desde los textos de su profesión a la literatura; en 1985 apareció *Crónicas de muerte silenciada*, un relato del episodio conocido como el "motín de los colchones", que tuvo lugar en la cárcel de Devoto el 14 de marzo de 1978. En aquel levantamiento murió un defendido suyo, un hombre que —repasa Neuman— "tenía que salir en libertad dos días después".

Pero *El Patrón* quiere ser más que un simple testimonio: "Escribir ese libro me permitió reafirmar que no existe, como se cree, una subcultura de la marginación sino que la marginación es en sí misma una cultura". Según Neuman, para abordar correctamente ese territorio es necesario escaparle "a la catequización; hay que tener en cuenta los códigos y las normas que regulan este universo *subculturizado*". Además, dice Neuman, "el caso Zaldívar me permitió confirmar algo que yo vengo pensando desde que me inicié en esta profesión; es decir, que aunque la ley sea enunciada como una figura igual para todos, un hombre hambreado, un hombre que no puede conseguir alimento para llevar a sus hijos, no es un hombre libre". Para el penalista, esa marginalidad que la sociedad impone a las clases sumergidas provoca ciertas paradojas: "Si ese marginado comete un delito, el castigo que la sociedad le impone no es más que la prolongación de una pena anterior y la cárcel en donde se lo encierra es simplemente un cambio de escenografía".

Zaldívar y los hechos

El protagonista de *El Patrón* es una pieza del tablero que dibuja Neuman. Objeto de un castigo que no parece entender, Zaldívar intuye que su desgracia se extiende y va a continuar extendiéndose porque él —Zaldívar— no mató de catorce puñaladas a su patrón ni al hombre que lo esclavizó durante diecisiete años sino a Dios. Neuman dice que Zaldívar intentó una explicación —no una justificación— de ese deicidio: "Lo que este hombre planteó es de alguna manera la ecuación amo-esclavo; durante todo ese tiempo de humillaciones Zaldívar necesitó a Latuada para ser humillado y el patrón necesitó a Zaldívar para tener un objeto a humillar. La necesidad que el uno tenía del otro era igualmente intensa". Para explicar esa asimilación del patrón a Dios, el abogado recuerda dos frases que Zaldívar pronunció durante su primer encuentro: "El patrón siempre sabe" y "el patrón piensa por uno". Neuman: "Los marginados no tienen instinto de rebelión. Confunden completamente el bien común con los intereses del patrón y entonces el peón es algo así como un animal". "Con todo este bagaje —sigue el penalista—, este hombre llega a Buenos Aires buscando un patrón que reemplace a los que tuvo en Santiago del Estero, un hombre que lo proteja, piense por él y sepa todo." El resultado de esta búsqueda iniciada por Zaldívar en la ciudad es Latuada, "dueño de una cadena de diez carnicerías, que luego de dos años de trabajo normal comienza a vender en sus locales carne en mal estado. Este protector lo hace trabajar dieciocho horas por día los siete días de la semana, echa a la mujer de Zaldívar, no le paga sueldo, lo obliga a limpiar la carne podrida y a venderla". En todo el tiempo que trabajó para Latuada, la vida de Zaldívar se puede dividir en dos: "Durante los tres primeros años Zaldívar no fue estrictamente un esclavo. Cuando su patrón lo maltrató, le dijo que renunciaba y Latuada lo retuvo asegurándole que a fin de año le iba a regalar una casa para él y su familia, o le iba a aumentar el sueldo, o le iba a dar un dinero en concepto de participación en las ganancias; en fin, le dijo toda clase de mentiras miserables. Los restantes catorce años, en los que este hombre ya estaba absolutamente resignado a su destino, no fueron —creo— otra cosa que una especie de pausa antes de las catorce puñaladas finales".

Neuman insiste en cosas que Zaldívar le dijo el día que lo conoció: "Cuando llegó a mi estudio, venía de Santiago del Estero para someterse a una pericia psiquiátrica que había ordenado la Cámara del Crimen. Ya tenía una sentencia de primera instancia que lo condenaba a tres años de prisión en suspenso. La fiscalía, que pidió 18 años de prisión, y la parte querellante, habían apelado ese fallo. Al estar en libertad condicional, Zaldívar tenía que presentarse periódicamente al patronato de liberados de Santiago, que fue el organismo que le pagó el pasaje para que se presentara a esta pericia. De la infinidad de cosas que me dijo en nuestra primera entrevista hay varias que son interesantes de destacar —dice Neuman—. Me contó, por ejemplo, que cuando le notificaron que tenía que volver a Buenos Aires porque lo requería el juez, creyó que lo iban a volver a meter en la cárcel. Esta idea lo llevó a comprar veneno para ratas que tomó junto a su mujer, me dijo que se acostaron a esperar la muerte y que no les pasó nada, que creía ver en eso la mano de Dios pero que no soportaba la idea de volver a la cárcel". Este miedo no le impidió a Zaldívar decirle a Neuman que en la cárcel le dieron una habitación "como no tuve nunca ni tengo ahora", ni insistir en el buen trato que le dieron los otros presos "y los señores guardias". "A Zaldívar le pasó esto, sentirse bien tratado en la cárcel, porque nunca antes lo habían tratado bien. Además, la sociedad carcelaria no maltrata a un hombre como él, que a su edad, 62 años, cae preso por un delito como el que cometió. Pero me parece importante apuntar que, a pesar de haberme dicho estas cosas, cuando le pregunté los motivos por los cuales no quería vivir encarcelado, su respuesta me hizo entender muchas cosas: *'En la cárcel, doctor, la vista tropieza siempre con las mismas cosas'*."

El libro y el hoy del condenado

Víctor Zaldívar fue sentenciado por la Cámara del Crimen de la Capital Federal a dos años de prisión en suspenso. La última vez que estuvo en Buenos Aires fue a principios de 1987 y lo hizo para notificarse de la sentencia. Volvió a Santiago del Estero —"a ver si puedo encontrar un patrón, aunque a mi edad es difícil"— y su abogado nunca volvió a saber de él. Sólo le quedó el fantasma de su voz grabada en diez cintas. Del resultado de esa desgrabación, Elías Neuman dice: "No sé si es lícito hacer literatura del dolor. Creo que detrás del dolor hay sólo dolor, por eso es que no pretendí hacer literatura sino una denuncia. Si salió una obra literaria es sólo porque los dioses, los que no mató mi personaje, me han ayudado". Y termina el penalista: "Con todo lo que significa este libro para mí, tengo que admitir que le faltan dos cosas: la voz y los silencios de Zaldívar".



El vencedor.